

Ninguna de ellas , entre las mas encantadoras , podia compararse con Diana.

Ella las dominaba por todos los conceptos.

Por su talle.

Por sus maneras desembarazadas.

Por su elegante *toilette*.

Por su soberana belleza.

¡Cuánto no palideció la estrella de la señorita de Rioux á los ojos de Luciano , deslumbrado desde que entrara la señorita Berard!

¡Cuán insignificante colegiala le parecia la primera , al lado de la segunda!

¡Cuánta distancia entre ellas!

Una era un sol.

La otra , su satélite apenas.

Pero no era la belleza de la señorita Berard lo que á Luciano tenia subyugado ; tiempo hacia ya que le rendia homenage.

Lo que le hechizaba , en aquel momento ; lo que infundia nuevo ardor á la especie de amor plástico que habia consagrado á la mujer de fuego , era que , al presentarse descotada , como lo estaba , en menosprecio de los reglamentos , acababa de levantar una de las puntas del velo que la robaba á las miradas de Luciano.

No se disimulaba este que , á pesar de esta nueva revelacion , quedaban todavía por profundizar muchos misterios.

Empero , aproximábase paulatinamente á la verdad , y el dominio de sus conocimientos se ensanchaba de un modo sensible.

Aquellos hombros de tan perfecto contorno , de tan correcto y firme dibujo.

Aquel dorso dó se continuaba el sedoso vello de la nuca y del cuello.

Aquel pecho ámplio , desarrollado , combado.

Aquel cútis tan trasparente y tan liso que dejaba vislumbrar la circulacion de la sangre.

Todo aquel conjunto de hechizos le abria nuevos y arrebatadores horizontes.

Lo que conocia , le permitia adivinar lo que no conocia.

Y , de deduccion en deduccion , de hipótesis en hipótesis , podia rivalizar en ciencia con Desvignes y Closel , los dos indiscretos testigos del baño revelador.

Preocupado enteramente en su muda contemplacion y en los peligrosos ensueños dó se estraviaba su pensamiento ;

Fiel á su mutismo habitual , cuando se encontraba en presencia de la señorita Berard ;

No hubiera pensado ni siquiera en aproximarse á ella en toda la velada , ni en manifestarle su admiracion , si la señora Desvignes no hubiese venido á buscarle á la galería , á tomarle de la mano y conducirle ante su idolo.

—Mi querida Diana , dijo ésta , vos sola , entre todas mis danzarinas , sin hacer caso alguno de mis prescripciones , habeis enarbolado una *toilette* de baile ; sufrid , pues , que os dé por pareja al único de mis invitados que , con su corbata blanca y su frac negro , ha protestado como vos , contra mis leyes suntuarias. Así me vengo yo.

Despues de este sermonecillo , fué á reunirse en un rincon , donde todo el mundo la olvidaba , á la *capitana* de dragones , la cual , apenas la vió acercarse , cuando , designándole con los ojos á Diana Berard :

—Si lo hubiese sabido , hubiera venido descotada.

—¡De buena nos hemos librado ! pensó la señora Desvignes.

En el momento en que Luciano acababa de ser puesto en presencia de la señorita Berard , dejábanse oir los preludios de un waltz.

Levantóse Diana y dirigiéndose al sustituto que permanecia en pié ante de ella :

—Ya que, por orden superior, le dijo, hemos de bailar juntos, resignémonos de buen grado.

Si no sois un buen valzador, como tengo para mí, no por ello os inquietéis.

Ceñid con vuestro brazo mi cintura, según la costumbre; pero dejaos guiar, respondo de vos y de mí.

No opongáis la menor resistencia; eso es lo único que os pido. Hacedos el muerto.

Él obedeció y los dos lanzáronse, girando, por el salón.

Á fin de poder dirigir con mas seguridad á su pareja, estrechábase Diana contra él y le agarraba con fuerza la mano.

Aquellos hombros que momentos antes contemplaba él de lejos con embriaguez, veíalos en la actualidad junto á sí, bajo sus ojos; su megilla los rozaba.

Aquel talle, tantas veces admirado, su brazo lo oprimía y lo sentía ondular y combarse bajo su presión.

Aquel pecho maravilloso, no formaba entonces por decirlo así, mas que uno con el suyo.

Podía contar sus latidos, sentir sus menores estremecimientos.

Todo un costado de su cuerpo se hallaba en contacto directo con su pareja y; por momentos, sus muslos y sus rodillas se unían.

Al mismo tiempo, voluptuosos perfumes, tibios efluvios subían hasta él y acababan de embriagarle.

Acompañóla á su sitio.

En el momento en que iba á separarse de ella, dirigióle Diana una mirada y le dijo:

—¡Qué pálido estais!

—¡No es por falta de motivo! exclamó, y añadió bruscamente, con voz ahogada: Os dejo. ¡Adios! ¡acabaria por volverme loco!

No parecieron estas palabras sorprenderla.

Tal vez tenía conciencia del efecto que producía su belleza.

Tal vez, también, junto á Luciano, experimentaba ella mismas sensaciones análogas á las suyas.

Siguióle con húmeda y voluptuosa mirada, y al irle á invitar un joven para otro waltz, declaró que no volvería á bailar en toda la noche, y se dirigió á la galería á reunirse con su padre, quien, habiendo encontrado dos benévolos oyentes, se entretenía explicándoles su sistema de hélice.

Por su parte, Luciano, paseábase por la playa, decidido también á no valzar mas con la señorita Berard.

Recordaba la encantadora escena del: *Lirio en el valle*, donde, en un baile, un adolescente, fascinado, magnetizado en cierto modo por unos bellos hombros, pierde la cabeza y no teme pegar sus labios sobre el objeto de su admiración.

Mas avanzado de edad que el héroe de esta aventura, no se encontraba Luciano menos espuesto que él á un movimiento irreflexivo, y preguntábase con terror qué hubiera sucedido si, en su posición, en un salón donde se encontraba su madre, se hubiese permitido un desliz tal.

¡Ah!

Habituado por profesión á sondear la conciencia de los demás, obligado estaba á leer en la suya y fuerza le era confesar que, durante las dos semanas que había pasado en el Pouliguen, bajo el imperio de escitaciones siempre nuevas y de continuos hechizos, sus ideas de cordura se desvanecían insensiblemente, y su imaginación, mas desordenada cada día, tenía en jaque á su razón.

Sin intentar disculparse cuando analizaba estas sensaciones nuevas, no dejaba de reconocer que eran consecuencia de su vida pasada y que pagaba la pena de una juventud mal comprendida y de una retención estemporánea.

Á los veinticinco años sufría las consecuencias que de ordi-

nario se sienten al salir del colegio y vivía á la vez, todos los años que no había vivido aun.

Aquella noche, sin embargo, hizo aun algunos esfuerzos con objeto de combatir la pasión que le invadía, y ensayó, según su costumbre, encontrar al lado de la señorita de Rioux fuerzas para luchar contra la señorita Berard.

Esperando que las gracias encantadoras y reposadas de la primera disminuirían las violentas emociones causadas por la segunda, subió la escalerilla que de la playa conducía al chalet; atravesó la galería; pasó ante Diana sin volver la cabeza y fué á sentarse junto á María.

La prueba era digna, pero poco acertada.

No era aquel el momento en que debía sentarse.

En las disposiciones de espíritu en que se hallaba, el poner en parangón á la señorita Berard y á la de Rioux, era querer perjudicar á esta última.

No podía María luchar con una rival si no por su encanto delicado y semi-velado, una gracia ingénuo y virtudes que se aprecian, mas que todo, en la vida íntima, pero que no resaltan en un baile, donde el triunfo pertenece exclusivamente á las cualidades de relieve.

Luciano contemplaba, no obstante, á su compañera, con toda su vista.

Intentaba impregnarse de sus rasgos para conservarlos en recuerdo y escudarse en ellos.

Pero, sin darse cuenta, y á pesar de sus esfuerzos, otros rostros, otras formas eran las que en su memoria se grababan.

Cuando conoció que sus penas eran inútiles, y que con la señorita de Rioux se encontraba todavía y siempre con la señorita Berard, prefirió no obligar mas á sus miradas á aislarse sobre un solo punto.

Libres, lanzáronse al salón, y sin vacilar se fijaron sobre la bella Diana.

Esta conversaba con el señor de Sery quien parecía mas conmovido aun junto á ella, de lo que lo estuvo Luciano.

«El desventurado está flechado como yo, pensó d'Aubier.

«Hállase subyugado por el encanto de esa fatal beldad.

«Ni su edad, ni su debilidad enfermiza, ni la frialdad que le muestran, bastan á protegerle.

«¿Cómo, pues, pretendería estarlo yo, yo que soy jóven, yo que me siento con fuerzas inauditas que gastar, yo á quien ella solicita?»

No se engañaba Luciano; Diana le solicitaba.

Si á consecuencia de su existencia primitiva, experimentaba todavía Luciano las sensaciones de un adolescente, en revanche, gracias á su carrera y á la práctica en asuntos delicados, razonaba como un hombre hecho; dábase cuenta de todo y analizaba cada palabra, cada gesto.

No podía disimularsele: agradaba á la señorita Berard; era evidente.

De algunos días á entonces leía su triunfo en las miradas, en la inflexión de la voz, en la actitud de la linda bañista.

¿A qué lo debía?

¿Qué cualidades la habían seducido?

Todo, y nada.

Aquella jóven altanera, enérgica, mas apasionada que tierna, rara, ardiente, ruda, un tanto salvaje, sin ilusiones, en busca de emociones desconocidas, ignorante del peligro, ó presta á desafiarlo, no admitiendo ninguna imposibilidad, anticipándose á los obstáculos á fin de vencerlos, á quien en sus primeros años faltaron los consejos y la cuerda dirección de una madre, cuyo carácter ningún sentimiento de ternura había hasta entonces podido doblegar, amansar y enternecer, cuya lujurante naturaleza agitábase impaciente bajo el peso de fuerzas y riquezas inactivas, debía dejarse seducir por las maneras distinguidas y reservadas de Luciano, por su aparente frialdad, por

sus incontestables dotes físicas, por lo algo de afeminado que había en él, por las resistencias continuas que le oponía, por su posición, por su talento de orador, talento que ella había podido apreciar, por el concepto misterioso de su carrera, por el ardor que leía en sus ojos y su ciencia en disimularlo, y finalmente, por todo y por nada, diremos, para acabar como hemos empezado.

En el interin, después de haber dejado al señor de Sery, al señorita Diana conversaba con Desvignes y Closel.

Nada podía ser menos á propósito para devolver á Luciano la calma y el apaciguamiento que viniera á buscar junto á la señorita de Rioux y que no había podido encontrar todavía.

La vista de estos dos señores, sobre todo cuando se encontraban con la señorita Berard, le traía á la memoria el misterioso baño á que habían asistido, é irritaba su pasión desmesuradamente.

Su deseo de instruirse como ellos, hacía más vivo, y lejos de considerarse satisfecho con los nuevos conocimientos que adquiriera en la velada, padecía mucho más cruelmente por su ignorancia.

Debia, sin embargo, adelantar un poco más en sus estudios plásticos, gracias á una excursión á la aldea de Piriac, y á una partida de pesca de langostinos, que la señora Desvignes organizó para dentro de dos días, cuando sus invitados se despedían de ella cumplimentándola por la alegre velada que les había hecho pasar.

Exactos fueron á la cita los convidados.

Una veintena de personas próximamente encontráronse reunidas á las nueve de la mañana del día señalado, en el muelle, ante el chalet de Esgrigny.

Al mismo tiempo llegaba la calesa de Desvignes y los únicos vehículos que se habían podido encontrar entre los alquiladores del país: dos especies de *break*, de los que uno perte-

necía á los Pinaud, los bañeros del lugar, y otro á una anciana bretona, la viuda Lerno, que guiaba por sí misma á su caballo blanco, vigoroso aun á pesar de su avanzada edad.

Cuando todo estuvo reunido, tratóse de repartirse los coches.

La señora Desvignes ofreció generosamente el suyo y pretendió montar en el carromato de los Pinaud.

Opusiéronse los presentes y la introdujeron á viva fuerza en su calesa, después de haber colocado dos centinelas en la portezuela para impedirle que bajase.

Autorizada únicamente á elegir á sus invitados, designó á una de sus vecinas de la playa, amabilísima casada, la señora M...l, y para ocupar los dos sitios delanteros, al señor de Sery y á Luciano.

Estos dos caballeros, que habían esperado sentarse en el *break* junto á la señorita Diana, aceptaron con aire compungido el honor que se les hacía, en tanto que la *capitana* de carabineros, obligada á refugiarse en el vehículo-Pinaud, dirigía sobre los huéspedes de la señora Desvignes furibundas miradas de envidia.

El resto de la jovial comitiva se hacinó, mal ó bien, en los dos *breaks*.

Emprendióse la marcha.

Saliendo del Pouliguen, se abandona el camino que conduce al Croisic y no tarda en descubrirse un paisaje de los más curiosos.

En una extensión de dos leguas casi, ni árboles, ni campos, ni verdura.

Apenas algunas casitas, que constituyen el villorío de Saille, situado, como una isla, sobre un terraplen de granito.

A derecha y á izquierda del camino, hasta donde alcanza la vista, millares de pequeñas balsas, reflejando los rayos del sol y encuadradas en una inextricable red de diques y de senderos.

Son las marismas, única riqueza de la comarca.

Dividense en salinas, cuyas diversas dependencias destinadas á favorecer la cristalización de la sal y su explotación toman los nombres de: *vasières*, de *etiers*, de *cobiers*, de *fares*, de *delivres*, de *ladures* y de *willets*.

Varios arrecifes, llamados *bossis* y *tremets* rodean la salina y sirven de paso á los hombres que, armados de un *las*, especie de rastrillo-pala, amontonan la sal sobre las *ladures*.

Todo tiene un nombre extraño en este país.

La natura, allí, reviste una forma singular.

El sol reluce.

El agua centellea.

La llanura parece plateada.

Perfumes-violeta embalsaman el ambiente.

Los pajares de nuestros campos están reemplazados por *mulons*, montículos de sal que esperan, al sol, reflejando sus rayos, la hora de la venta.

Diríase que son pequeñas cúpulas de plata diseminadas por millares en la llanura.

Los cultivadores de la comarca se designan con el nombre de *paludiers* (salineros).

Su talle es elevado; robusta su estatura.

Usan el sombrero breton de anchas alas, la blanca blusa que desciende hasta las rodillas, donde viene á reunirse con las grandes polainas de tela, blancas como la blusa.

Los jornaleros ó mozos de granja se llaman *sauniers*.

Véseles agitarse sobre las *fares* y los *willets* para recojer con su *lance*, especie de cuchara gigantista, la sal blanca ó *menu-da* que los *paludiers* les abandonan en salario.

Varias mujeres, siempre buenas mozas, á menudo lindas, sobre todo las de Saillé, corren descalzas, remangadas las hal-das, á lo largo de los tabiques de la salina.

En sus cabezas reposan grandes *gedes* llenas de sal, que tienen misión de verter sobre los *tremets*.

Algunos caballos, y unas cuantas mulas, éticos, esperan tristemente á sus dueños, al borde del pantano.

Aleccionados, por una larga esperiencia, que sus investigaciones serian infructuosas para encontrar en los alrededores ni un solo tallo de yerba, conténtanse con calentar al sol su enflaquecido cuerpo, y agitando los cascabeles de su collar.

Pronto cambia el paisaje de aspecto.

Las marismas desaparecen; vuelve á lucir la verdura y se llega ante Guerande, una de las mas curiosas aldeas que nos legara la Edad Media.

Una inextricable trabazon de yedra cubre totalmente sus altas murallas admirablemente conservadas.

Racimos de madreselva y de clematida encuadran sus almenas.

Y, por cima de sus cuatro macisas puertas, en profundas bóvedas, en sus fosos todavía inundados, balancéanse el nenúfar y la espadaña.

Es uno de aquellos soberbios nidos feudales que el tiempo ha marcado con su artística huella y al que tres siglos han dado un sello maravillosamente característico.

La calesa de la señora Desvignes, habiéndose colado en Guerande por la puerta de Saille, en lugar de seguir el mallo plantado de álamos, olmos y fresnos, los dos *breaks* se creyeron obligados á tomar la misma ruta, á pesar de su temor á averias en las callejas estrechas y tortuosas que tenian de atravesar.

Por fortuna no era aquel dia de mercado.

La aldea estaba desierta.

Así, pues, no tropezaron con ningun obstáculo, y despues de haber pasado ante el púlpito exterior de Saint-Aubin, una de las curiosidades arqueológicas del lugar, salieron por la puerta occidental de Bizienne, y se lanzaron á la carretera de Piriac.

Aquí el paisaje gana en estension, descubriéndose magníficos horizontes.

Percíbese, de repente, la península sobre que reposan el Pouliguen, el Bourg de Batz y el Croisic.

Domínase el canal du Traict, surcado de embarcaciones, la calzada de Pembron y el arrecife du Trehic.

Á lo lejos se dibujan las isletas Dumet, Hadic y Houat, circuidas por flotillas de pescadores de sardinas, y por fin, el faro *du Four*, la costa del Morbihan y el Océano sin límites.

Después de haber gozado durante una legua de este panorama, los carruajes atravesaron, sin hacer alto, la Turbale, puerto de pescadores, de asaz grande importancia, y llegaron á Piriac á eso de las once.

Apeóse la comitiva, abriéronse los cofres que contenian las provisiones y todo el mundo se encaminó jovialmente hácia la punta de Castelli, uno de los sitios mas agrestes de la comarca.

Tratábase actualmente de preparar la mesa ante una de aquellas grutas, designadas por los raros calificativos de: *Le Trou du Moine fou* (La Cueva del Monje loco), *La Grotte à Madame* (La Gruta de la señora), *La Couette* (La Colcedra), *Les Oreillers* (Las Almohadas).

Dióse la preferencia á *Le Tombeau d'Almanzor* (La Tumba de Almanzor), y después de haberse escavado asientos en la arena, y de improvisarse servilletas con periódicos, abalanzáronse á los fiambres y al pastel de rigor en toda gira campestre.

Hízose todo lo posible para distraerse y olvidar que la Tumba de Almanzor es un antiguo altar druídico sobre el que los sacerdotes de Teutates sacrificaban víctimas humanas.

El dios de los Galos y de los Germanos no dió muestras de resentirse por el ningún respeto con que se le trataba, y, habiendo dado término, sin tropiezos, el desayuno, hubo de pensarse en la pesca de langostinos, objeto principal de la escursión.

Propicio era el momento, y habia sido elegido perfectamente.

La mar bajaba desde hacia tres horas y dejaba en descubier-to una gran estension de arena y rocas.

Faltábanle todavía tres horas de decrescencia, lo cual permitia aventurarse á lo lejos sin temor de verse sorprendido por las olas.

Unos armáronse de redes, llamadas *havenaux*, colocadas en el extremo de largos mangos de palo.

Otros proveyéronse de *lances*, utensilios de hierro de un metro de longitud, por si acaso encontraban cangrejos grandes ó langostas.

Los mas tímidos ó los mas perezosos se contentaron con llevar los cestos destinados á recibir la pesca.

Y unos cuantos, entre estos Luciano, reserváronse no llevar nada absolutamente.

Pronto la cabeza de la comitiva dejó oír gozosos gritos.

El langostino, numeroso y grueso en aquellos sitios, empezaba á dar de sí.

El cangrejo gigante, adormecido en un aguazal, despertábase al aproche de los pescadores, y cernido por todos lados, en vano intentaba volverse al mar.

Todo anunciaba una magnífica pesca.

—¡Bah! ¿á qué mojarse los piés? decíanse Luciano y Desvignes, que formaban siempre la retaguardia.

Empero, al fin, fueles forzoso avanzar, y cuando vieron que todo el mundo les echaba en cara su culpable inercia, no les quedó mas remedio que armarse del *havenau* de rigor.

La señorita Berard, que se distinguia por su celo, habia tomado aparte á Luciano:

—¡Cómo! le decia; ¡os habrian traído en coche desde el Pouliguen á Piriac, y alimentado espléndidamente, para que os limitaseis á contemplar nuestro trabajo! Vuestra conducta no brilla por su delicadeza. Habeis ocupado en la calesa de la señora Desvignes y en la mesa del festin el sitio verdadero de un pes-

cador. Si no querias pagar con vuestra persona, debiais quedaros en el Pouliguen, á contar cuentos de hadas á la señorita de Rioux, ¡ea! ¡quien me ame, que me siga!

Estaba encantadora al hablar así.

Su mirada, un tanto enardecida por el champagne del almuerzo y por el placer de la pesca, brillaba con vivo fulgor.

Sus mejillas estaban mas que de costumbre sonrosadas.

Y á través de sus labios, enrojecidos por el aire corriente, entreabiertos y sonrientes, percibíanse dos sartas de perlas de deslumbrante blancura.

No era menester tanto para vencer la indolencia afectada de Luciano y las resistencias que habia creído deberse imponer todavía.

Cogió su *hauenau* con mano firme, como hubiera podido hacerlo un pescador de oficio, y lanzóse tras las huellas de la mujer de fuego.

El pobre señor de Sery intentaba en vano seguirles, consiguiendo únicamente hundirse en la arena y bambolearse en las rocas.

Habíanse dirigido hácia el cabo de Penhareng.

Diana escudriñaba las rocas con su *lance*, procurando espulsar á los habitantes del mar en sus grietas refugiados, y Luciano mantenía su red en disposición de recibir á los fugitivos.

Hasta empleaba en el ejercicio de tan útiles funciones un ardor digno de elogios, ya porque le hubiese tomado gusto á la pesca, ya tal vez porque el entusiasmo de su compañera hubiese conseguido vencer su habitual frialdad.

Á algunos pasos de ellos, un muchacho del país llevaba un cesto donde se rebullían ya en confusión varios cangrejos mayúsculos, una langosta *de tierna edad*, y un sin fin de langostinos.

Sentado en una roca y ocupado en cubrir de ovas el cesto, para retener en él á los huéspedes confiados á su cuidado, di-

rigía de vez en cuando una mirada burlona á los pescadores aficionados que le rodeaban, pues el resto de la comitiva se habia ido aproximando poco á poco.

Por fin, no pudiéndose contener mas y dirigiéndose á sus mas cercanos vecinos:

—¡Vaya! ¡estais perdiendo inútilmente vuestro tiempo! les dijo: allá, en aquellos rocales, encontrareis magníficos cangrejos.

—Maliciosillo eres, muchacho, replicó la graciosa *capitana* de carabineros. Para llegar á donde pretendes es menester meterse en agua hasta las rodillas.

—¡Y qué! observó la señora Desvinges adelantándose ¿no hemos venido aquí para mojarnos?

—Sin duda que sí, exclamaron varias voces.

—La diversion está en salpicarse, dijo una jóven solterita.

—Por mi parte, añadió otra, ya he hecho el sacrificio de mis botinas.

—Es que, señoras, repuso la *capitana* de carabineros, es que no se trata de nuestras botinas, si no de nuestros vestidos. Lo menos hay un pié de agua en ese agujero.

—Tal vez dos, replicó el muchacho.

—¡Vaya una ganga! ¡andar hechas una sopa durante todo el dia!

—Hay un medio sencillísimo para no mojarnos, dijo la señora Desvinges; quitémonos las botinas y las medias, cual si fuésemos á tomar nuestro baño de cada dia.

—Justo, sí!

—Pero, ¿y nuestros vestidos?

—Remanguémoslos...

—¡Oh! pero... entonces... dijo la *capitana* de carabineros.

—Entonces, ¿qué?

—Que podrán vernos las piernas.

—¡Vaya un mal! exclamó la señora Desvinges ¿por ventura